

**Mi última experiencia cubana.**

Octavio Islas.

Mi más reciente visita a La Habana, Cuba la realicé en octubre de 2009.

Han pasado muchos años desde entonces. Cuba es diferente pero no es otra.

En aquella ocasión, por gestiones de mi queridísima María Teresa Quiroz, fui invitado a dictar una de las conferencias magistrales en el XIII Encuentro Latinoamericano de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (Felafacs).

María Teresa era entonces presidenta de Felafacs.

Recuerdo que Jesús Martín Barbero y Francisco Sierra -hoy director del Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (CIESPAL)-, también fueron invitados como conferencistas magistrales en ese Encuentro –en todo encuentro de Felafacs, Jesús Martín Barbero siempre dictará una conferencia magistral. No falla el pronóstico-.

Mi disertación sobre la contribución de Internet al desarrollo de la Economía del Conocimiento, la cual preparé con tanto esmero, incluyendo videos que me fueron proporcionados por Alejandro Salúm -quien fue mi alumno en el Tecnológico de Monterrey, Campus Estado de México, y entonces se desempeñaba como director de comunicación y mercadotecnia de Microsoft-México-, resultó muy incómoda para no pocos académicos de la vieja guardia, nostálgicos del althusserismo más recalcitrante-, así como de cierta prensa leal al régimen.

Hablar en La Habana del impacto de Internet y las nuevas tecnologías representó una auténtica herejía.

Definitivamente resultaba más cómodo complacer a la audiencia y proferir maldiciones a Estados Unidos y al Imperialismo.

Sin embargo, opté por observar elemental congruencia. Fui invitado a un evento académico para hablar del impacto cultural de Internet en las sociedades. Eso haría.

En mi intervención pude percatarme de algunas fobias ideológicas. Mi discurso les resultó ajeno al sistema de seguridades establecido.

Yohandry Fontana, quien por cierto no precisamente pertenece a la “Generación sin Yuca” debido a que es uno de los pocos cubanos que gozan del privilegio de tener acceso a Internet, cuestionó:

Por ejemplo, ¡ahora resulta que soy un inmigrante, yo que no tengo nada que ver con Inmigración, caballero! Me debo incluir, junto al propio señor Islas, en la llamada generación de Migrantes, aquellos que se vieron precisados a adecuarse de un mundo totalmente analógico a otro marcado por las nuevas tecnologías, el de los calificados “nativos digitales”. Fue Douglas Rushkoff el primero que reparó en esta transición.

Lo lamentable es que ni él ni otros como el teórico mexicano hayan reparado en la multitud de personas de este planeta y de este continente en particular, que ni siquiera saben lo que es una computadora. Sin embargo, Islas abogó con tremendo convencimiento por el derecho a la conectividad, y que fuera refrendado dentro de los derechos humanos o algo así, por las Naciones Unidas.

No digo que esté mal el preocuparse por ese tema, sin dudas es el futuro. Pero qué súper lejos está para esos [40 millones de analfabetos de esta América Nuestra](#) que ni siquiera saben escribir su nombre, y, sin siquiera haber puesto sus manos sobre un teclado, Islas los mete a todos por haber nacidos después del 1988 en el mismo saco de los Nativos digitales, Generación Einsten o Generación Net, que también se le llama así, según los teóricos, y que para mí son la Generación sin Y, para que se entienda, la **Generación sin Yuca.**

De verdad que me sentí decepcionado al pensar en esa multitud enorme, con [53 millones de personas pasando hambre crónica](#), y que los estuvieran ignorando de un modo tan flagrante. Casi me pareció un chiste de mal gusto cuando escuché mencionar la posibilidad de una red interplanetaria – Bradbury y Asimov se quedaron enanitos- y vi las imágenes futuristas sobre la educación y la cotidianidad del provenir proyectadas a los delegados a la par que el profesor de la Universidad de Monterrey comentaba acerca de la extensión de la cibernética a la vida doméstica, de la Web 3.0, y de pantallas por todos lados.

Mientras pensaba cómo se verían los niños latinoamericanos que mendigan alimentos proyectados en tales pantallas, me levanté de la butaca tan luchada antes que llegaran los aplausos”.<sup>i</sup>

Mi detractora virtual –quien bien pudo haberme cuestionarme en público exponiéndose a mi respuesta-, desde la comodidad de su blog sencillamente me convirtió en chivo expiatorio del grave rezago tecnológico que enfrenta Cuba.

En esos extraños días, para tener acceso a Internet el extranjero tenía que pagar cerca de 6 dólares por hora. Ello no ha cambiado. Internet es caro, lento y está supervisado por los aparatos de inteligencia del sistema cubano.

Casi inmediatamente después de mí, habló Ramón Alberto.

La participación de Ramón Alberto Garza, fundador y director de Reporte Índigo, también generó cuchicheos y murmullos entre los asistentes.

Ramón fue contundente.

El rezago tecnológico de Cuba es consecuencia de un acto de voluntad política del gobierno cubano, no del bloqueo estadounidense –afirmó-.

Con su inconfundible acento norteño, además denunció que a la blogera Yoani Sánchez le fue impedida su inscripción en el Encuentro.

Ello provocó no pocas exclamaciones. Querían lincharle.

Sin embargo, ninguno de los presentes se atrevió a cuestionarle en público, temiendo quizá las posibles respuestas que seguramente ofrecería Ramón Alberto.

Antes de pasar a dejar a Ramón Alberto a su hotel –él decidió hospedarse en el legendario hotel Riviera, el cual inevitablemente evoca a la legendaria mafia de Las Vegas, quienes en la década de 1950 decidieron asentarse en La Habana- un fornido cubano sujetó del brazo para deslizarme:

-Me gusta su perfume, parece carito-.

Pude advertir que el sujeto se había rociado abundantemente con mi fragancia, la cual desprende un aroma que me parece inconfundible.

El mensaje fue claro: ese fornido sacaborrachos caribeño había estado en mi habitación.

Desde el balcón de la suite de Ramón Alberto, en el Hotel Riviera, pude contemplar la maravillosa bahía.

Ramón Alberto contrató un equipo de producción para realizar un video con la editorial semanal de *Reporte Indigo*.

Al concluirlo, esa misma tarde retornó a México.

Le llevé al aeropuerto.

Por la noche, al retornar al salón de congresos, me advertí fuera de lugar.

Las miradas de no pocos de los asistentes revelaban odio, intolerancia.

Había sido etiquetado como hereje, irreverente, blasfemo, en síntesis, un auténtico malagradecido.

Paola Pappa se percató de ello.

Me ofreció un abrazo solidario.

Su mirada externó sincera preocupación.

Algunos colegas nacionales –quienes perfectamente advirtieron lo que ocurría– sencillamente desviaron la mirada.

Merecía ser expulsado del Edén socialista.

Imagine sus previsibles ofensas: No me llame usted camarada. Lacayo del imperialismo.

Era la clausura del evento.

Escuché cómo el presentador llamó uno por uno a los conferencistas magistrales para subir al pódium como invitados de honor.

Mi nombre fue omitido.

Comprendí el mensaje.

Advertí la sonrisa burlona del sacaborrachos caribeño, bien pendiente de cada uno de mis movimientos.

Sudé como pocas veces he sudado en mi vida.

Decidí retirarme a mi habitación.

Prepararía mis maletas para poder retirarme del hotel durante las primeras horas del día de mañana.

Para colmo, la llave no funcionó.

Bajé las escaleras sumamente nervioso para dirigirme a la recepción.

Intuía que cualquier cosa podría ocurrirme.

Fui informado que la habitación que ocupada había vencido a las 12 horas de ese día.

Imposible -respondí-.

Ofrecí pagar la habitación para pasar la noche.

Me respondieron que el hotel estaba completamente ocupado.

En ese instante apareció María Teresa Quiroz, quien ofreció arreglar tan penosa situación.

Comprendí que ya no era un conferencista magistral. Mis palabras me habían convertido en un huésped *non grato*.

Decidí retirarme inmediatamente del hotel para no comprometer aún más la situación de María Teresa, aún presidente de Felefac.

Cuando empacaba mis prendas y objetos personales en la habitación, advertí que mi fragancia –Antaeus- había sido sustraída.

Recordé la macabra sonrisa del moreno sacaborrachos.

Como había rentado un modesto automóvil para poder desplazarme en La Habana, decidí emprender la retirada hasta lograr internarme en un estacionamiento próximo al aeropuerto de La Habana, donde supuse que podría sentirme a salvo.

Por supuesto no fue así.

En toda la noche no pude conciliar el sueño.

Esa fue una de las noches más largas en mi vida.

Envidié la suerte del buen Ramón Alberto, quien consiguió tomar su vuelo a tiempo, y pudo librándose de las represalias que seguramente le hubiese causado su discurso.

Le imaginaba cómodamente instalado en su casita.

Cuando logré ocupar el asiento del avión me sentí aliviado. En ese momento me creí seguro de poder retornar a México.

Algunos días después, ya instalado en mi oficina en el Tecnológico de Monterrey, campus Estado de México, leí algunas notas en Internet relativas al evento.

Pude advertir que el *paper* de mi conferencia había sido retirado del sitio web del congreso. Opté por leer las notas de prensa.

Una de las notas más simpáticas corrió a cargo de Ana Rivero -afamada bloguera, persona plenamente identificada con el régimen de los hermanos Castro –siempre he creído que Gualberto es el más simpático-, quien afirmó:

A FELAFACS le faltó CONTEXTUALIZARSE en el hoy y ahora de nuestro continente. Salvo muy honrosas excepciones (sobre todo cubanas, no es nacionalismo, más bien me duele admitirlo), en FELAFACS se dedicaron a discutir sobre cómo hacer mejor comunicación, mejor investigación, mejores universidades, pero no a cómo hacer de este un mejor continente (...) Por suerte, la tristeza cede al recordar a Jesús Martín Barbero, una de las honrosas excepciones, cuando puso en dudas esa sociedad del conocimiento y dijo que en nuestro continente lo que tenemos es la sociedad del desconocimiento, si tomamos por conocimiento el saber producido en academia. Habló entonces de otro conocimiento, de ese que es resultado de la experiencia, la innovación y la creatividad de nuestra gente, de ese conocimiento gracias al cual sobreviven hoy nuestros pueblos latinoamericanos. Alguien le preguntó a Barbero si él era un pesimista, y respondió: “No soy ni pesimista ni optimista, pero tengo esperanza, la esperanza que me dan los desesperados”.

ii

La nota sintetizaba lo ocurrido.

Para no pocos de los organizadores del XIII Encuentro Latinoamericano de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (Felafacs), el evento representaba la oportunidad de celebrar un acto político, y no un congreso destinado a debatir ideas sobre el estado del arte y el porvenir posible de las ciencias de la comunicación. Ellos esperaban declaraciones solidarias a la suerte del pueblo cubano, blanco predilecto del imperialismo inhumano y depredador.

Años después, con la epidermis a salvo, a un buen amigo –Ernesto Piña-, pude compartirle algunas anécdotas de mi accidentada experiencia cubana.

-¿En serio la decana de una facultad de propaganda y periodismo en Cuba percibe un salario mensual menor a 35 dólares mensuales, mientras una “jinetera” puede obtener por lo menos unos 300 dólares por noche?-

Así es. Tal cual –respondí-.

-¿Cómo es posible que sin mediar elección alguna, Fidel haya delegado el poder en su hermano Raúl?-

Son peculiaridades de la democracia cubana –respondí-. Espero algún día el gran elector sea el pueblo.

Hoy ese día ya no me parece tan distante.

Al tiempo.

PD. Una cofradía que domina en la academia latinoamericana de la comunicación, nostálgica de Louis Althusser y del mundo anterior a la caída Muro de Berlín, me declaró su enemigo. Ya no soy requerido en sus congresos y publicaciones.

Como los necesito tanto...

---

<sup>i</sup> <https://yohandry.wordpress.com/2009/10/24/la-generacion-sin-y/> Consultado: 8 de diciembre, 2015.

<sup>ii</sup> En <https://cubalmater.wordpress.com/2009/10/24/felafacs-%C2%BF-en-fin/> Consultado: 8 de diciembre, 2015.